

## La institución originaria

Horacio G. Martinez

Para Freud, la primera institución, la que diferenció al humano del primate, fue la fratría: ese grupo que se reconoció como “hermanos” provenientes de un origen común, y que compartían la culpa de haber asesinado a aquel que, luego de su muerte, elevaron a la categoría de “padre”.

Lacan, por su parte, parece inclinarse por el lenguaje. Este sería lo que nos diferencia de todas las demás especies, “eso” que nos hace, para bien o para mal, “seres hablantes”. En el sistema del lenguaje, el “padre muerto” freudiano adquirirá la dignidad del significante: nombre-del-padre.

En la medida en que se trata, en uno y otro caso, de la institución originaria, ambas crean “subjetividad”. Así, el sujeto freudiano será por siempre un Edipo que debe expiar la culpa de haber asesinado (o de haber deseado asesinar) a su padre, y esto para arrebatarse un conjunto de hembras, entre las que, comprendió después, estaría su madre. Ese deseo imposible se convertirá, para Freud, en el punto nodal de lo reprimido originario.

El sujeto que Lacan imagina no está adherido a la culpa. Es, más bien, un sujeto siervo del lenguaje, es decir, de esa institución que lo hizo surgir a partir de una alienación originaria. Dividido entre un significante cualquiera que lo representa ante el desfile de todos los otros significantes. Y habiendo perdido, quizá para siempre, algo de sí que buscará reencontrar, aunque más no sea en sueños, más allá del lenguaje.

Dos subjetividades distintas, con deseos distintos: el sujeto freudiano es un sujeto de entrada culpable, cuyo deseo es abominable y debe ocultarse por todos los medios. Mientras que el sujeto lacaniano no parte de un crimen, sino de un sacrificio: donó su libra de carne, y pugnará por reencontrarla en cualquier objeto que brille ante sus ojos.

El eslabón entre ambas concepciones probablemente sea Lévi-Strauss en *Las estructuras elementales del parentesco*, interrogando el pasaje entre naturaleza y cultura, halla un elemento común en todas las civilizaciones: una ley de prohibición del incesto o, más bien, una regla de reparto de los intercambios posibles e imposibles. Esa ley, diferente en cada agrupamiento humano, se rige, al igual que el signo saussureano, por el principio de arbitrariedad: no importa sobre qué elemento recae la significación, pero, una vez establecida, es inmodificable para toda persona humana sujeta a esa ley.

Hacia el final de su libro, Lévi-Strauss contrasta su investigación con la que Freud llevará a cabo en *Tótem y tabú*. Dirá entonces:

Sin embargo, como todos los mitos, el que presenta *Tótem y tabú* con tanta fuerza dramática implica dos interpretaciones. El deseo de la madre o la hermana, el asesinato del padre y el arrepentimiento de los hijos sin duda no corresponden a un hecho o a un conjunto de hechos que ocupan en la historia un lugar determinado. Pero traducen tal vez, bajo forma simbólica, un sueño a la vez perdurable y antiguo, y el prestigio de ese sueño, su poder para modelar los pensamientos de los hombres a pesar de ellos, proviene precisamente del hecho de que los actos que evoca jamás fueron realizados porque la cultura se opuso a ellos, siempre y en todas partes. Las satisfacciones simbólicas a las que se inclina, según Freud, la nostalgia del incesto, no constituyen entonces la conmemoración de un acontecimiento. Son otra cosa y más que eso; son la expresión permanente de un deseo de desorden o más bien de contraorden. (P. 569)

La labor del psicoanalista en su trabajo clínico, dirá, es inversa a la que Freud lleva a cabo en ese texto. El analista “al profundizar la estructura de los conflictos, de la que es escenario el enfermo, para rehacer su historia y lograr así la situación inicial alrededor de la cual se organizaron todos los desarrollos subsecuentes”, sigue los pasos de la ciencia moderna “que espera, del análisis del presente, el conocimiento de su futuro y de su pasado”. Y concluye: “en un caso [el del analista, el de la ciencia moderna] se va de la experiencia a los mitos y de los mitos a la estructura; en el otro, se inventa un mito para explicar los hechos: para decirlo todo, se procede como el enfermo, en vez de interpretárselo” (p. 570).

Así, el asesinato del padre se vuelve un sueño de Freud, como Lacan lo llamará en el *Seminario 17*. Todo ello llevará a Lacan a postular una dirección de la cura que va en el sentido inverso al de la neurosis, buscando producir los significantes-amo a los que el sujeto está sometido, en un trabajo en contra del sentido que intenta lograr hacer evidente a los ojos del analizante el poco sentido de aquellos significantes que lo dominan y de los que él cree que depende su ser.

### **Referencias bibliográficas:**

- Freud, S. (1912). *Tótem y tabú. Obras completas*. España 1970: Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. (1969-70). *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires, 1992.
- Levi-Strauss, C. (1949). *Las estructuras elementales del parentesco*. España 1981: Paidós.